

Este otro verso no deja de tener cierta gallardía :

J'ai de ses cheveux blancs à mes souliers ferrés¹.

Estas cosas divertían mucho á Téophile Gautier y á Baudelaire. Hugo pagó el rescate del genio y no lo pagó muy caro. Pero ¡qué varonil y grandioso porte se nota en sus buenas páginas! ¡qué amplitud grandiosa de conceptos! ¡qué fantásticas imágenes y qué profunda filosofía! Léanse estos admirables versos en el *Sueño del mundo*: los primeros filósofos de Grecia no hallaron más hermosos acentos :

Qui te dit que le monde, étant un noir vivant,
N'a pas comme toi-même, homme jouet du vent,
Son moment de sommeil où la brume le couvre,
Après quoi son œil sombre et vertigineux s'ouvre !
Cet instant fugitif où le sort a jeté
Les vagues siècles noirs de son humanité,
Peut-être est-ce la nuit du monde ? Sais-tu l'heure ?
Sais-tu si tu n'es pas un être vain qui pleure
Et se déforme, et n'est, en attendant la mort,
Qu'un rêve sur le front de l'univers qui dort² ?

Esto es en verdad sublime y no conozco nada más grandioso ni más sorprendente que la hipótesis del último verso. Pocos hombres han tenido una marca tan especial y tan exclusiva. No imita á nadie. Es él mismo con toda soberanía y esplendor. No piensa en nadie. Sí, una vez pensó en Vigny :

Oh ! que la mer est sombre au pied des rocs sinistres³ !

El romántico deja caer accidentalmente su verso en los moldes clásicos :

O d'espérance éteinte amas infortuné !
De convois de blessés les chemins sont couverts⁴.

1. Y aun tienen canas tuyas mis zapatos herrados.

2. ¿Quién te dice que, siendo negro viviente el mundo,
Cuál tú, hombre juguete del viento furibundo,
No se entrega un momento á su sueño brumoso,
Tras el cual abre su ojo sombrío y cavernoso ?
Este fugaz momento á que lanzó hado extraño
Los vagos siglos negros del humano rebaño,
¿ Son el sueño del mundo ? ¿ Conoces tú la hora ?
¿ Sabes tú si no eres un ser vano que llora
Y se esfuma, esperando de la muerte el beleño,
Cuál del dormido mundo en la frente un ensueño ?

3. Cabe siniestras rocas ; cuán sombrío es el mar !

4. ; Oh montón desdichado de muertas esperanzas !
; De convoyes de heridos se cubren los caminos !

Pero por todas partes brota un genio robusto, lleno de savia y de vigor, desdeñoso de los vecinos, rebosando de orgullo innovador resuelto é implacable que hace tronar el alejandrino con estridentes cortes ó hace sonar anhelantes tocatas y elevándose de un aletazo á las más altas regiones de la especulación metafísica, se cruza allí con los mayores filósofos y le da la mano á Pascal :

Ver de terre et rayon, confinant, d'un côté,
A l'azur on ne sait par quelle pureté,
De l'autre, à la matière on ne sait par quels crimes,
Songeur ! qu'est-ce que l'homme ? Un entre-deux d'abîmes¹.

Y ¡qué estilo que inspiraba á Paul Bourget esta imagen :

Estas estrofas en que se incrusta la rima como pedrería que despide brillantes luces, estas frases de atrevidas cesuras que parecen presentar porciones convexas y porciones huecas, como un metal repujado, penetran en la mirada del lector en virtud de una magia casi física.

Sin imitar nada, Hugo se nos aparece como esencialmente impresionable. Hay que decirlo para defenderle del reproche, ya vulgar de versatilidad. El Imperio le prestó un gran servicio. Desterrándole, le aisló, le dejó solo en presencia de sí mismo. La vecindad ejerció siempre en él gran influencia, pues no supo resistirla. Así sufrió la de su siglo, con todas sus fluctuaciones. Á pesar de su ademán decidido, de sus palabras breves, y de sus parlamentos tiránicos, no dirigió nada ; la autoridad verbal sirvió para disimular la debilidad y la bondad. No hay que censurarle por sus cambios de opinión política.

El mismo se dió la absolución :

El peor elogio que se puede hacer de un hombre es decir que su opinión política no ha variado desde hace cuarenta años. Es decir que para él no ha habido ni experiencia diaria, ni reflexión ni repliegue del pensamiento sobre los hechos. Es alabar un agua porque se halla estancada y á un árbol porque está seco ; es preferir la ostra al águila. Por el contrario, todo es variable en la opinión. Nada hay absoluto en las cosas políticas, excepto la moralidad interior de esas cosas. Ahora bien, esta moralidad es asunto de conciencia y no de opinión. Un hombre puede, pues, cambiar de opinión honrosamente con tal que su conciencia no cambie. Progresista ó retrógrado, el movimiento es esencialmente vital, humano y social.

No es él el que ha cambiado, sino su siglo ; no ha hecho más que seguir su tiempo. Colocado entre las sociedades como un eco, ha re-

1. Gusano de la tierra y rayo á un tiempo mismo ;
Con el éter confina por no sé qué pureza ;
Linda con la materia por no sé qué vileza ;
Pensador ; ¿ qué es el hombre ? : *Un entre-deux*

percutido sonidos que no creaba. Su genio fué un espejo en el que se reflejaban los cambiantes aspectos del río que es la vida pública. Fué la sonora conciencia de su tiempo.

Esta evolución se hace más sensible en su poesía que experimenta la imantación de todos los movimientos del pensamiento, de todas las aspiraciones, de todos los deseos, de todas las tendencias, de todas las novedades. Lamartine y su muelle armonía (en las *Odas* y *Hojas de otoño*), Sainte-Beuve y el sentimentalismo burgués de Joseph Delorme y Delavigne, vieron repercutido su eco y además engrandecido en Hugo. Se dice que hizo la orquestación de las *Meditaciones*: la frase es linda y exacta. La *Tristeza de Olímpio* es como una rectificación del *Lago*; *Eloa* y la *Caida de un ángel* preceden y determinan á *Booz dormido* y al *Fin de Satán*; las *Canciones de las calles y de los bosques* rivalizan con las *Odas funambulescas*; los *Miserables* son una refundición de los *Misterios de París*; los *Trabajadores del mar* parece que revelan la obsesión del *Mar* de Michelet. Hay odas que son páginas de Chateaubriand puestas en verso. No se producía nada grande ó interesante en torno suyo, que no lo adoptase y lo reconociese inmediatamente como propio, descubriendo en sí mismo el primer origen. Todo lo llevaba en sí. Fué romántico, parnasiano, simbolista y naturalista. Es el siglo xix literario.

Victor Hugo será, escribe un poeta, Fernand Gregh, el poeta del siglo. Hugo domina á los demás á causa de su obra enorme, la más maciza por la cantidad y al mismo tiempo la más rica por la calidad y la más arquitectónica y más trabajada, catedral vasta como un mundo y cincelada como un relicario; es la Nuestra Señora de la poesía. El tiempo, que simplifica mucho, apagará la voz de otros poetas menores, iguales á él cada uno en su forma original y en quienes tal vez pudo inspirarse; Hugo los contendrá y por su misma amplitud subsistirá todo entero. El resto sólo vivirá á su sombra: verdadero coloso del bosque, Briareo de los cien brazos, absorberá todo el sol de la gloria.

A. Fontainas ha señalado también curiosamente este englobamiento.

La abundancia de metáforas luminosas de Pindaro, la precisión rígida del verso de Dante, el fogoso amor y las inflamadas explosiones de Shakespeare, las invectivas prodigiosas del austero d'Aubigné, la pureza sonriente del querido y melodioso Ronsard, la elegante y fresca erudición de Andrés Chénier, todo ello y mucho más se ha unido y confundido para formar su esplendor total; sus contemporáneos gloriosos, los más admirables, no son más que un reflejo de una de las faces de su genio. Veo contenidos en él á de Vigny, á Baudelaire, á Leconte de Lisle y á Banville, y podría indicar con el dedo las fuentes en que se han abrevado en su magnitud multiforme y completa para lograr el valor y la audacia de ser, á su vez, sorprendentes, originales, y muy grandes, los mejores de entre ellos y de hoy día, en todo lugar: Verlaine,

Mallarmé, de Hérédia, Dierx lo mismo que Francis Jammes, Henri de Régnier ó Verhaeren y hasta el maravilloso inglés Swinburne.

La nobleza, la aristocracia, las elegancias, la distinción y el dandismo nada tuvieron que ver con él.

En la división — que sobrevivió al siglo xvii — de las dos corrientes gala y *preciosa*, burguesa y noble, él fué burgués y hasta pueblo. Siguió siendo nieto del carpintero, no tanto por sus raras aptitudes para la carpintería, sino también por sus simpatías hacia la masa. No frecuente los salones mundanos y todas sus elegancias se limitaron á besar la mano de las damas « levantando el guante sobre el puño » y á ofrecerles el brazo izquierdo para dejar libre la mano derecha « que lleva la espada ».

Todas sus predilecciones sociales se hallan muy clara y muy brillantemente expresadas en la *Abuela*, donde el antiguo régimen se ve vilipendiado en favor del espíritu de los tiempos nuevos. La abuela es una vieja hada de opereta. El joven príncipe es el modelo de todas las perfecciones y el abogado de la igualdad. « Nadie me pertenece más que mi persona. » El liberalismo republicano le conquistó por completo y la Revolución francesa acabó por apoderarse de aquel adversario para hacerle sostén de su causa. Recorrió el estadio que va desde el vandeano al socialista.

La antítesis fué el alma hermana de Víctor Hugo y jamás se separó de ella. Ideas, imágenes, frases, palabras, nombres, todo se le apareció bajo la forma antitética que fué también sintética. ¿ Qué significa ese nombre de Ruy Blas? es una antítesis y una síntesis. Ruy, es Rodrigo, el lado noble, heráldico, caballeresco, galante, elegante de aquel héroe *bifronte*. Blas, es el aldeano, el hombre del pueblo, el lacayo. Todo el drama está en estas dos palabras.

Hasta el nombre del poeta, por un azar que se ha hecho notar ingeniosamente, presenta ese mismo aspecto. *Victor*, el latino, el amante de Roma, el hijo de Virgilio y del Dante; *Hugo*, el sajón, el feudal de la edad media, el bardo de los siglos, el Wagner de la poesía.

Fué latino y sajón, y era preciso que lo fuese para que representase de un modo adecuado y total no sólo su tiempo, sino también á su país, á Francia, á toda Francia, desde la Provenza á la Lorena, su país originario. Tiene la nitidez de los latinos, la seguridad de los contornos, la brevedad y el culto de la tierra; ha recibido de los sajones el ensueño nebuloso, el instinto de lo indeciso, de lo incognoscible, la afición metafísica, el cariño medioeval á los burgos y á las armaduras feudales, el sentido penetrante del misterio en que vivimos y respiramos, misterio de las tinieblas del pasado y del porvenir, del principio de las cosas y de su fin, de nuestro destino y de nuestro paso por la vida.

¿Qué somos pues, y quién lo sabrá jamás si un genio como Hugo lo ha ignorado? Porque fué privilegiado entre los hombres, « Posee secretos de un mundo perdido », decía Renán. Fué una de las fuerzas inconscientes de la naturaleza. Corría por sus venas una especie de « dios fluido ».

Obedeció á su destino, decía Alejandro Dumas hijo, en la Academia, como el río que corre, como el viento que sopla, como la nube que pasa, como el relámpago que brilla, como la mar que ruga. Es una fuerza indomable, un elemento irreductible, una especie de Atila del mundo intelectual que marcha en todas direcciones á la conquista de todo lo que ve y de todo lo que quiere, apoderándose de todo lo que puede servirle, y rompiendo ó rechazando todo lo que ya no le sirve. Es el genio implacable que instintivamente sólo se cuida de sí mismo. Hay en él una de esas fatalidades originales y á veces monstruosas, en que suelen fundarse algunos fisiologistas para sostener que el genio es una forma resplandeciente de la locura. Ahora bien, Víctor Hugo tiene el carácter esencial, indomable de esa locura sublime que la ciencia no conseguirá jamás hacer entrar en la patología. Tiene la idea fija. Esta idea fija consiste simplemente, cuando llega á la edad de la razón, en hacerse el mayor poeta de su país y de su tiempo y, á medida que avanza en la vida, el hombre más grande de todos los países y de todas las épocas.

Fué sobrehumano, sobrenatural, partícula emanada de Dios, cerebro favorecido del cielo, genio que parecía hermano de los arcángeles, que llevaba en sí algo raro y único, que ponía en la tierra algo del pensamiento del cielo, fué confidente favorito de los astros, de la divinidad y de los arcanos, superhombre entre los hombres, Mesías de la lira, uno de esos seres como se vieron alguna vez sin duda antes de los tiempos históricos en las Indias misteriosas y en el Egipto, en quienes la naturaleza parece haber depositado, por error, por distracción ó por malicia, una dosis anormal de sabiduría y de presciencia¹, semidió entre los mortales, á quien Leconte de Lisle decía: « ¡Llamad á Dios: mi querido colega! » Si un ser semejante no ha podido avanzar un paso en la investigación de la verdad ni arrojar alguna luz sobre nuestra ignorancia; si nosotros no hemos podido aprovechar de otro modo que con el vano placer del oído el paso entre nosotros de ese elegido del destino, ¿qué apariencia puede haber de que el gran Todo descubra nunca á la humanidad los arcanos que la envuelven y que son tal vez necesarios á la misma vida de su pensamiento?

1. Su misma naturaleza física tiene algo de anormal. « Es un temperamento prodigioso este Hugo, refería Sainte-Beuve; su barbero me decía que el pelo de su barba era tres veces más fuerte que el de los demás y que mellaba todas las navajas. Tenía dientes de lobo cerval, dientes que rompían los huesos de melocotón. » (Diario de los Goncourt.)

« Cuando había en la mesa bogavante (*homard*), cogía una pata, la rompía con sus dientes y lo tragaba todo, caparazón y carne, con gran espanto de mi madre, que temía que nosotros quisiésemos imitarle. Lo mismo hacía con las naranjas, que se metía enteras en la boca y se las comía con cáscara y todo. Parecía entonces un buen ogro, y sonreía al ver el asombro pintado en nuestros ojos. » (Jorge Hugo.)

Su agonía fué larga, los médicos decían: « Derrota á la medicina. »

El nombre de Víctor Hugo ilumina todo el siglo. La admiración, y el culto de las edades, se fijan menos en tal ó cual obra que en el conjunto total de ellas; grandeza monstruosa, epopeya de amplio gesto, pasión violenta, idilio que florece con su frescura los muros ciclópeos, gracia ténue que siembra los rugosos montes de la poesía con violetas y rosas, océano, bosque, cadena de montañas, relámpago del infinito, — del mismo modo que no se tiene amor á un árbol ó á una ola, sino al bosque y al océano. Ed. Drumont ha dicho con mucha exactitud:

Lo que amamos en el bosque, no es un árbol ó una hoja, sino esos millares de árboles y de hojas que confunden su verdura y su rumor. Lo que se ama en Víctor Hugo son esos millares de imágenes, de sentimientos y de impresiones; el infinito puesto á nuestro alcance. Lo que se ama es á sí mismo, su personalidad idealizada, engrandecida, con la cabeza llena de generosos pensamientos y con cosas maravillosas en el horizonte.

El homenaje vacila ante este prodigio, ante este cerebro, horno de donde brota en luminosa y resplandeciente erupción la ola incandescente de un pensamiento enorme, gigantesco y fantástico; jamás, en los tiempos históricos, se vió inteligencia que fuese como este volcán, maravilloso, que arroja torrentes de palabras, de frases y de imágenes; tumultuoso, tempestuoso, cuya abundancia se desborda como alud oceánico, esparcido sobre las maravillosas bellezas de un poético Colorado¹.

1. Lo mismo que dijimos de Voltaire y, con más motivo si cabe, puede decirse de Víctor Hugo y de sus traductores en castellano. No hay poeta ni literato que no haya sufrido su influencia ni le haya en parte imitado. Con sus traductores, entre los que figuran nombres tan prestigiosos como los de Bello y Miguel A. Caro, se podría formar una abultadísima Antología. Uno de sus más grandes admiradores é imitadores fué el poeta argentino Andrade, que le dedicó su canto: *Prometeo*. Por cierto que el poeta apenas hizo caso de él. Esto nos recuerda que Lamartine procedió de modo muy distinto con el escritor ecuatoriano Juan Montalvo al que recibió con el mayor afecto y cordialidad, según cuenta el interesado en su libro *Los Siete Tratados*. (N. del T.)